

II Jornadas de Evaluación en Educación Superior, Salón de Honor, Agosto 3, 1988.

Tengo varias razones para agradecer la oportunidad que se me ofrece de hablar en la inauguración de estas jornadas.

La primera es la satisfacción que me produce compartir con ustedes este nuevo empeño académico de nuestra Facultad de Educación, portadora de una de las responsabilidades más exigentes de nuestro trabajo universitario.

Una segunda razón es que el tema que los convoca me parece de máxima importancia, ya que en el ejercicio de la función de evaluación, ya sea de personas o de currículos, se juega la efectividad de nuestro trabajo educacional en general, y, en este caso, la de nuestra educación superior.

Finalmente, hay algo de personal en mi agradecimiento al ver que este tema se aborda críticamente y por numerosos y competentes especialistas. Porque, durante muchos años de ejercicio de la docencia universitaria, he tenido que sobrellevar una especie de trauma con la evaluación, una forma de "mala conciencia", por la cual me he sentido muchas veces inclinado a pensar que estaba evaluando lo que no valía la pena evaluar, o bien que mis criterios de evaluación distorsionaban mi propia intención como profesor.

Estas dudas no eran solamente mías. Las veía surgir cada vez que se discutían los problemas curriculares en las Facultades de las que he formado parte, y se fijaban planes y programas, objetivos y contenidos, prefiriendo a algunos por sobre otros, y valorando determinadas actitudes, ya fuera de modo positivo o negativo. Y cada vez que uno se asoma a la literatura sobre el tema, lo asalta la sospecha de que este es un tema que toca a la entraña misma del trabajo educativo.

Creo que lo más fascinante que tiene el estudio de la educación es que en él se toca, tal vez como en ningún otro, la más profunda dimensión del hombre. El hombre es persona, o sea es al mismo tiempo un sujeto irrepetible, y abierto constitutivamente a la relación con otros en la verdad y en la libertad. Eso

2

equivale a decir en parte al menos, que el hombre vive en la cultura, y que esta es una forma específica del ser del hombre. Y la educación no es otra cosa que la entrega, el encargo, de generación en generación, de esa cultura. De modo un tanto elemental, pero bien claro, lo decía Theodosius Dobzhansky, el ilustre genetista, uno de los hombres que engendraron la moderna Biología, cuando hacía ver que el hombre es el único animal, que evoluciona por vías distintas de la vía genética.

Pero por lo mismo, nos acercamos al proceso educativo con una cierta cautela, porque tenemos conciencia de que a través de él se está actuando de modo inevitable, en profundidad sobre el ser humano. Y paradójicamente, en pocas partes se verá tan clara esta realidad como cuando hablamos de evaluación. Porque no se puede evaluar sino contra un patrón, que nos permita detectar desviaciones y eventualmente corregirlas. Hay un patrón muy básico o fundamental, que es el que caracteriza a una cultura, y que es el más difícil de asir, de determinar, para los hombres que están inmersos en ella. Subordinados a ese patrón a veces implícito, se hallan los que se atribuyen a distintas actividades profesionales, o de otra índole, y eventualmente los que interesan aquí. Qué es un médico, cómo ha de ser un médico, qué es un abogado, un profesor, un científico.

Es allí donde interviene todo un aparato analítico y técnico, donde se conjugan determinaciones culturales, ideologías etc. Y como el sujeto de toda relación de aprendizaje, tiene un proyecto de vida, es inevitable que él lo contraste y compare con los términos en los que va a ser juzgado o evaluado. El proceso de evaluación determina entonces la modalidad de aprendizaje, y esto en todos los niveles de la vida cultural. Desde niños nos adaptamos a ciertas formas de exigencias sociales que se nos muestran como deseables, y queremos cumplir con lo que se espera de nosotros. Y ya cuando llegamos a evaluaciones más especializadas y tecnificadas, no podremos evitar que la medición (con el sesgo que ella tiene por necesidad), modifique, por su sola presencia, la conducta de la población a la que se intenta medir, y, creo yo, puede modificarla de modo impredecible. El individuo objeto de la medición puede ser incomparablemente más astuto que el que la practica, simplemente porque le va más en el proceso. Hay aquí una especie de transposición sui

3

generis del principio de incertidumbre de la física cuántica: el instrumento de medida modifica inevitablemente al objeto.

Así me ocurría con mis cursos. Para mí era mucho más importante, la capacidad del estudiante de interpretar el dato morfológico, de relacionar entre sí formas complejas en busca de una relación subyacente, que la acumulación de información por sí sola, y por bien articulada y comprendida que estuviera. Y, en aquella capacidad, yo veía una manifestación de un modo de ser peculiar del médico, que consiste precisamente en su habilidad para detectar el detalle que se escapa de un conjunto abigarrado, el rasgo, a veces insignificante, que hace comparecer toda una realidad distinta de la que es inmediatamente aparente. Estuviera yo en lo cierto, o no, eso me parecía lo más propio del arte médico, y la manera más efectiva de ligar mi trocito de currículo a ese gran conjunto de enseñanza. ¿Lo conseguía o no.? Para ser bien franco, creo que lo conseguí mientras tuve cursos pequeños, tal vez demasiado pequeños para las exigencias sociales de una sociedad masificada, pero pienso que con cursos grandes, esa posibilidad de evaluar lo más simple y más complejo, que es la actitud del estudiante frente a la realidad con que yo lo enfrentaba, se fue disolviendo sin remedio.

Sin embargo, persistía el hecho de que había una evaluación, un juicio sobre el estudiante, un juicio que determinaba su conducta frente a mi materia, pero, probablemente también y en cierta medida frente al conjunto de sus estudios y de su eventual actitud profesional. No es mucho un curso de Histología, pero muchos cursos enfrentados a idéntico problema, vienen a significar un impacto cultural.

Mientras más amplio y matizado es el intento evaluador, mientras más significativos son los elementos que él persigue detectar, menos precisos y exactos son sus resultados, más sutiles son sus instrumentos. Y creo que si bien no podemos evitar que el proceso evaluativo en la sociedad educacional se fragmente en innumerables instrumentos, tampoco podemos permitir que su formulación interfiera negativamente con lo que podrían ser las grandes perspectivas culturales al servicio de las cuales está la educación. Si evaluamos solamente destrezas formaremos hombres que sean sólo eso,

4

diestros. Si evaluamos sólo resultados, obtendremos hombres que no aprecien más que eso, el resultado.

Comprendo que la sola formulación de estos problemas, que debe ser muy obvia para todos ustedes, poco ayuda hacia una eventual solución. Pero la conciencia de que estas Jornadas tocan muy de cerca a la formulación del proyecto de vida de nuestros estudiantes, es lo que hace que para la Dirección de la Universidad, sea un grato deber el de hacerse presente en ellas.